

SILLÓN DE OREJAS

Epifanías envueltas en imágenes

Por Manuel Rodríguez Rivero

UNO DE MIS MÁS DILECTOS y admirados amigos editores —pongamos que se llama Armón Bala para evitar su identificación— atribuye la relativa, pero evidente, desafección hacia el libro a una especie de presuntuoso ciberataque mediático contra él, propiciado por quienes nos hemos limitado a constatar un hecho incuestionable: el fin del dominio *exclusivo* de la llamada Galaxia Gutenberg, tras cinco siglos y medio de imperio absoluto en el terreno de la cultura escrita. Como ven, la vieja historia del mensajero culpable. Es como si la mera mención del hecho —apreciable por cualquiera que quiera mirar a su alrededor y sepa contar artfulos lectores en los transportes públicos— fuera la causante del problema, cuando lo cierto es que nunca como ahora el libro de papel ha sido objeto de más homenajes, elegías y glosas en los medios. La desafección, sin embargo, existe: aunque sólo sea en algunos sectores, el libro ha perdido “prestigio” como objeto *regalable*, algo que se nota sobre todo en estos días en que la gente que todavía puede hacerlo se dedica a ejercer lo que se llama “elegancia social del regalo”. Compárese el gasto en esencias, perfumes y colonias —el moderno oro, incienso y mirra que transportan los dromedarios de los Magos— con el de libros, que no tienen quien los anuncie en la pequeña pantalla con etéreas muchachas en ropa interior y blandas *dominatrix* de Jean Paul Gaultier. Por no hablar de los políticos, que parecen que tengan alergia al libro (también los de Podemos) y nunca se hacen la foto con uno. A falta del tirón final de Reyes, las ventas no se apartan demasiado de la pauta del año pasado, a pesar de que Rajoy y los suyos hayan lanzado las campanas al vuelo. En todo caso, habrá menos devoluciones posnavideñas, aunque sólo sea porque los libreros, que tienen olfato, han reducido *stocks*. Por lo demás, una parte significativa del trabajo de los distribuidores parece haberse concentrado en lo que llaman “grandes cuentas”, es decir, en clientes como las grandes cadenas y las grandes librerías, en un intento de cubrir los huecos que ha dejado la contención de las independientes a la hora de hacer pedidos. Supongo que la situación merece un serio debate entre todos los agentes de la cadena del libro y entre todos los que estén dispuestos a ayudar (de verdad) a las librerías, pero mientras tanto quizá no venga mal un poco de humor. Como el que puede encontrarse en la oportuna recopilación *Los libros en The*

New Yorker (Asteroide), que recoge casi dos centenares de estupendas viñetas sobre el mundo del libro publicadas a lo largo de los últimos años por el célebre semanario. Aunque en ellos la imagen es indisoluble de la palabra, no me resisto a describirles tres *cartoons* que tratan asuntos que considero muy actuales. En el primero, del dibujante Michael Malin, un empleado de una megalibrería que acaba de comprobar en su ordenador las existencias del libro solicitado por una cliente, le contesta: “Tenemos el calendario del libro, libretas del libro, el audiolibro, el DVD de la película basada en el libro,

brerías y las correspondientes devoluciones y mandar las novedades directamente a la trituradora”.

Epifanías

POR ALGUNA RAZÓN, cada vez que se acerca la festividad de la Epifanía (la duodécima noche shakespeariana) me acuerdo de ‘Los muertos’, el magistral relato de James Joyce que pone broche final a *Dublineses* (1914; varias ediciones de bolsillo) y que debería ser objeto de un seminario monográfico en las clases de principiantes de las escuelas

ren a esa mágica noche que todos esperamos con ansia cuando fuimos niños. Por cierto que si buscan libros para regalar a los más pequeños, no dejen de consultar a sus libreros, que sabrán recomendarles mejor que nadie lo que puede gustarles. Por mi parte les he seleccionado, por si les sirven, tres títulos aptos para niños y niñas de entre 10 y 80 años que ya hayan arriñonado definitivamente los álbumes infantiles. *Leviatán* (Kalandraka), de Ramón Trigo, que obtuvo el Premio Lazarillo, plantea con imágenes de alto contenido simbólico (referencias a Jonás y a Moby Dick) una historia de ballenas; también del prolífico taller de Kalandraka sale *Bestiario*, de Stéphanne Poulin (y prólogo de Jean Fugère), repleto de elegantes dibujos surrealistas y de irónicos guiños culturales. Y, por último, *El dragón de papá* (El Cuarto de las Maravillas), de Ruth Stiles Gannett (ilustrado a lápiz grueso por su madrastra), un clásico de 1948 que ha sido lectura casi obligada de tres generaciones de niños anglohablantes.

Gráficas

DOS NOVELAS GRÁFICAS de lo mejorcito que se ha publicado en los últimos meses de un buen año para el género. Y además, las dos coinciden en explorar las posibilidades de la biografía más o menos ficticia. La editorial Gallo Nero ha rescatado con honores de novedad *Ego & Arrogancia* (2006), de la estupenda pareja formada por el escritor Harvey Pekar (*American Splendor*) y el dibujante Gary Dumm. El libro cuenta la historia de Michael Malice, un personaje a la vez fascinante y moralmente repulsivo, rebelde, antisocial, insolidario, uno de los grandes héroes negativos o villanos positivos de la moderna ficción gráfica. *Asterios Polyp* (2009), de David Mazzucchelli, que ahora reedita Salamandra en la serie dirigida por Catalina Mejía, es una auténtica obra maestra del género. Cuenta la historia de un profesor de arquitectura de 50 años al que un incendio y una huida cambian la vida. Y de qué modo. El relato, lleno de dicotomías, dualidades y homenajes a la mitología clásica, es un ejemplo perfecto de las posibilidades narrativas de la novela gráfica, desde la estructura hasta el punto de vista (hay fragmentos contados por un hermano gemelo mortuorio); durante mi lectura, hubo momentos en que volví a recuperar la sensación de desafío al lector y por aquel contar la complejidad de modo complejo que tanto echo de menos en la novela de esta época. •



Viñeta de *Ego & Arrogancia* (Gallo Nero), de Harvey Pekar y Gary Dumm.

pero no tenemos el libro”; en el segundo, de David Sipress, la escena tiene lugar en el despacho de una directora editorial, que ha convocado al autor para darle el veredicto de su comité de lectura: “Es una buenisísima novela negra”, le dice, “pero nos preguntábamos si podrías volverla sueca”. En la última, del también habitual *cartoonist* Jack Ziegler, se representa al consejero delegado de un grupo editorial presentando a sus ejecutivos los objetivos del año: “Como medida de ahorro, en nuestro catálogo de otoño hemos decidido ahorrarnos las ventas a li-

de escritura creativa. Como recordarán los que lo hayan leído o hayan visto la impecable película (1987) que sobre el cuento realizó John Huston, la trama se desarrolla principalmente durante una fiesta familiar (probablemente de Epifanía) y termina con la particular epifanía (en sentido joyceano) que experimenta el protagonista tras escuchar un recuerdo de su esposa en la habitación de hotel que comparten, mientras la nieve cae dulcemente “sobre todos los vivos y los muertos”. Un cuento triste, como lo son a su modo casi todos los que se refle-

AVISOS PARA NAVEGANTES

La muerte de un raro

Por Iván Thays

HACER LISTAS, Y EN ESPECIAL LISTAS de “lo mejor del año”, es como el test del vaso a la mitad: hay quien lo ve medio lleno y otro medio vacío. Para algunos, una lista es la oportunidad de encontrarse con autores y obras que no concen o dejaron pasar. Para otros, un “canon” prepotente que te intentan imponer. Hacía años que una lista no ocasionaba tantas críticas como las que ha recibido en redes sociales la de EL PAÍS. No hay mujeres; el *Diccionario* de la Real Academia aparece entre los 10 mejores; no hay latinoamericanos; repiten autores consagrados como Javier Marías o Javier Cercas, etcétera. Toda lista es arbitraria y, bien mirada, siempre es interesante.

Quizá el problema de la lista de *Babelia* es que se basa en un sistema de sumas (10 como puntaje máximo y 1 como mínimo) a partir de las listas pedidas a sus colaboradores, de tal manera que se pierde la diversidad de los libros mencionados y da un falso criterio de unanimidad en los primeros puestos. Más interesante es lo que hace, por ejemplo, *The Guardian*, quien pidió a sus colaboradores la elección de mejores libros del año, pero con una explicación breve sobre cada uno. Y colocó, en dos partes, todas las recomendaciones. Lo mismo hizo el prestigioso *The New Yorker*. En mi blog *Moleskine literario* he hecho un *post* —que se actualiza constantemente— re-

sumiendo varias listas del año, en varios países. Hay pocos consensos.

Una lista muy atractiva es la que ha hecho la revista *Matavilela*, pidiéndoles a algunos escritores y críticos que escogan los “peores” libros que han leído durante el año. Desde luego que la premisa es engañosa, porque suponemos que se trata de lo “peor” dentro de lo que consideraban mejor. Pura expectativa frustrada. Edmundo Paz Soldán escogió el libro de cuentos *Bark*, de Lorrie Moore. Jordi Coraminas no tuvo compasión con

En la suma de las listas de libros del año de los críticos se pierde diversidad y se proyecta una falsa unanimidad

Un viaje a la India, de Gonçalo M. Tavares. Eduardo Varas confiesa que no puede con Thomas Pynchon y Juan Terranova escogió a *Scalabrimité*, de Martín Zicari, a la cual calificó como “un chiste sobre un chiste sobre un chiste, y ninguno de los chistes que se contaba me hacía gracia”. Esa frase podría ganar el premio por el comentario más maligno de 2014.

Finalmente, 2014 —donde tantas despedidas hemos tenido— se ha llevado al poeta mexicano nacido en Madrid Gerardo Deniz. Un raro, poeta de culto, intensamente admirado por minorías, que a decir del poeta peruano Jorge Frisancho “es uno de los pocos poetas contemporáneos (...) que me hace reír, a veces a carcajadas”. En la nota de Frisancho en *La Mula* hay una buena selección de poemas de Deniz, incluyendo el hilarante ‘Papá Noel atascado’. Yo me quedo con estos versos inquietantes de su poema ‘Intolerancia’: “Añoche alunizaste en el Mare Crisium / y andas tigresa, como tú dices”. •